

# LA ERMITA VALENCIANA DE SANTA LUCÍA

MUSEO INTERNACIONAL  
DE VALLECA  
REVISTA DE LA C. I. I. I.  
AÑO XXXI - MAYO 1972 N.º 3  
SERIE DE FOLIOS

MAYO, 1972

TIRADA APARTE DE **FERIARIO**,  
AÑO XXXIV, MAYO 1972, N.º 36,  
REVISTA DE LA L FERIA  
MUESTRARIO INTERNACIONAL  
DE VALENCIA

# LA ERMITA VALENCIANA DE SANTA LUCÍA

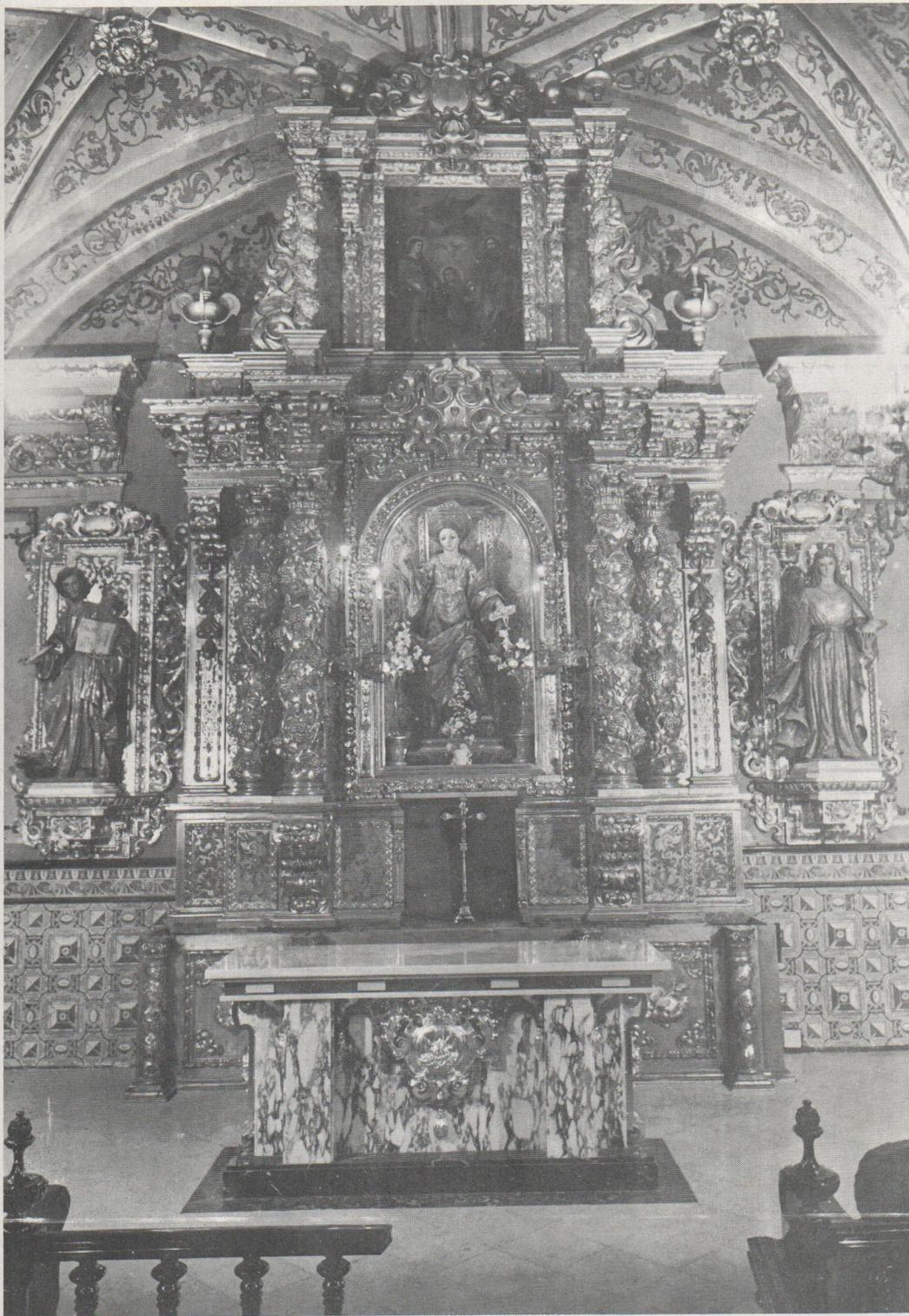


LA ciudad de Valencia, apenas reconquistada, que es como decir constituida en «cap del Realme», puso casa —o, al menos, cofradía y «Almoyna»— a Santa Lucía, la mártir siracusana que compró la gloria y la santidad, que son lo mismo, con el altísimo precio de su perseverancia en la pureza y en su vida ejemplar.

Y así, con los ojos de los que, más según tradición que según historia, fue desposeída en su martirio, con esas «monedas», palpitantes casi, como ofrecidas en un platillo, que sostiene su siniestra, nos la presenta la habitual iconografía y, concretamente, en esa su ermita valenciana de «Santa Lluçia», la del primer «porrat» —luego siguen los de San Antón, «San Vicent de la roda», San Blas...— y la del «pás de pusa» del popular refranero vernáculo, al referirse al incipiente alargamiento «del día», es decir, de las



*Fachada barroca de la ermita de Santa Lucía, con las “paraetes” del “porrat”, en el día de la Santa titular (13 de diciembre) e inmediatos*



*Retablo mayor de la iglesia  
de Santa Lucía*

horas de insolación vespertina otoñal, invernal casi.

El templo, está, a la izquierda de la salida —abierta como un embudo hacia la ronda—, de la calle «del Hospital», el «hospital famoso» de Valencia que cantara Lope de Vega. Unidos éste y la ermita, en una colindancia absoluta, con todos los inconvenientes y las ventajas dimanantes de ello —«grandeza y servidumbre» de la vecindad— deben estimarse unos y otras, pues este singular conjunto de «Santa Lucía» debe sobre todo su salvación (como se dirá al mencionar la placa cerámica del zaguán) a la constancia en aquellos días, por un papel clavado y sellado en la puerta, de que Claudia Bayo Gaboyard, de

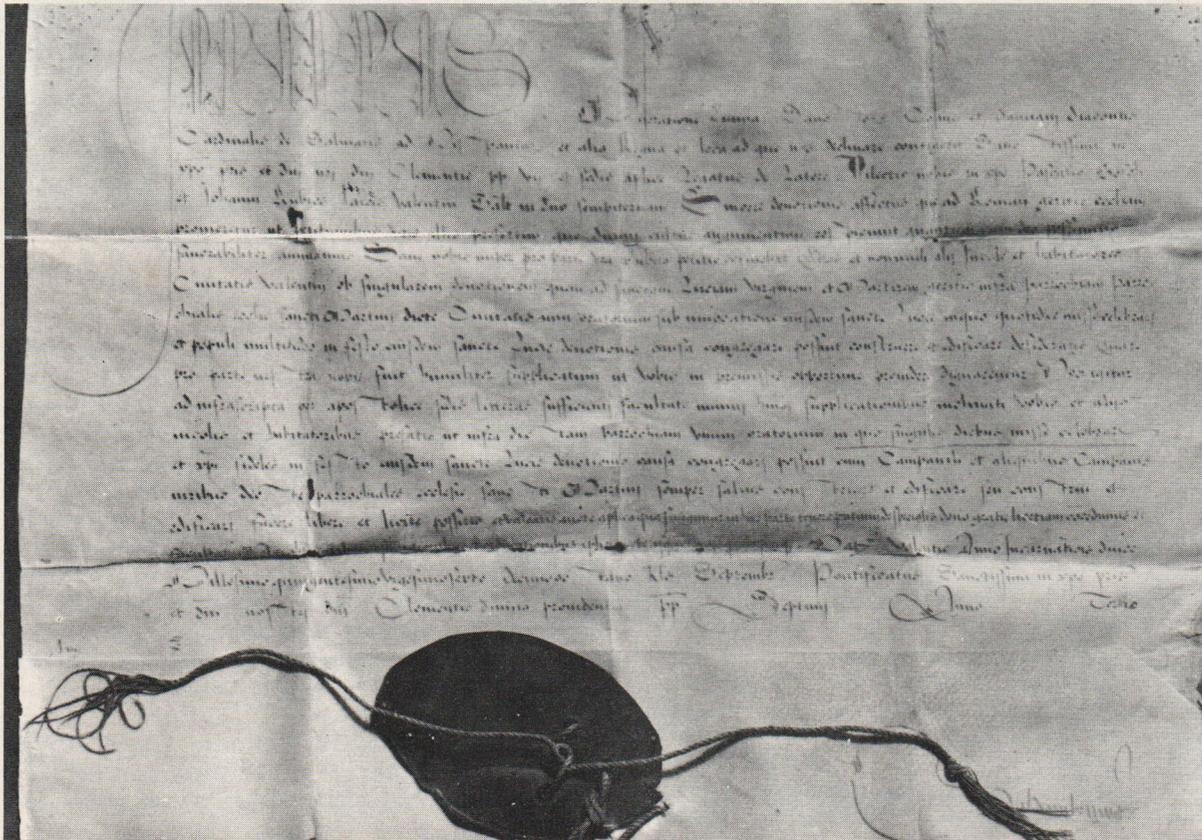
nacionalidad francesa, residente allí, hacía valer esta circunstancia con decisión y aún denuedo.

Pues, Valencia, esta ciudad entrañable, tan pronto «clara» —lo dice el Poema del Cid— y con altivos y numerosos campanarios, como señaló Víctor Hugo, y adelantada en tantas cosas, que «en sus tres sílabas maravillosas, huele a azahar, a brisa marina y a Renacimiento», según Eugenio d'Ors, suele sufrir, con aterradora frecuencia, el azote de los más tenebrosos turbiones de los elementos y de los hombres. Y tenía ¡cómo duele emplear el pretérito! además de ese «hospital famoso» y de las cosas que se llevaron las riadas, la «Germanía», la fran-

Lienzo antiguo de Nuestra Señora de los Desamparados



“Letra apostólica” sobre permiso para edificar un oratorio a Santa Lucía y celebrar cultos en él



cesada, Mendizábal, el Cantón, la «Gloriosa» o la vesania de los años treinta, una rica corona de templos ilustres, de clarísima y sencilla composición arquitectónica y —por contraste— complicada vestidura —por fuera o por dentro, cuando no total— barroca, abigarrada, multiforme y llena de evocaciones y sugerencias. En ellos, las preesas y los recuerdos, los vestigios históricos y devotos, se agrupaban sin confusión, incompatibles con la claridad mediterránea, y daban a los nobles recintos —casi todos de obra o tradición góticas— un peso específico cultural que los hacía valiosos e inolvidables. ¡Los Santos Juanes!, San Martín, San Bartolomé, San Miguel, la Virgen de los Desamparados, la Catedral misma... Desaparecidos algunos, reconstruidos otros, apenas disimulan casi todos, incluso los restaurados, no ya las inevitables arrugas del tiempo, sino los ultrajes conscientes. Sólo a veces una repriminación cuidadosa, a veces demasiado cuidadosa, hace olvidar el daño, devolviéndonos el primitivo arte, que yacía enmascarado —gótico casi siempre— por otros posteriores: San Juan del Hospital, Santo Domingo —hoy Capitanía— Santa Catalina, San Agustín, valgan como muestra, por no citar los de Sagunto y Burriana, por ejemplo, fuera de la capital. Excepción entre excepciones, «miracle de Santa Lluçia», islote privilegiado de tantos «diluvios», testimonio vivo, todavía, de lo que eran aquellos adorables recintos barrocos, doblemente sagrados, en los que tallas y pinturas, bronces, ornamentos y exvotos reverberaban al brillo oscilante y rojizo-dorado de las velas, es ese templo o ermitorio valenciano, en funciones de parroquia hoy —«de San Lucas y Santa Lucía»— originariamente dedicado a la santa virgen siracusana, abogada tradicional de la vista y los ojos, a los que, por su virtud, sin duda, se ha hecho posible *ver* todavía hoy, lo que era un interior barroco valenciano, con todo ese adobo plástico y óptico, litúrgico también, y devoto, que convierte a toda la ermita, bajados los escaloncillos por los que se accede desde la calle, como en gruta maravillosa, en «pedacito de cielo», en rincón para todas las confidencias «a lo divino» y las intimidades de la piedad.

Mas, no sólo existe el templo, «tempietto» diríase en Italia, iglesuela o ermitorio, «iglesieta» por acá —diminutivos referidos, no sólo a lo pequeño en el área y el alzado, sino también a lo afectivo y cariñoso— sino conjunto «sui generis», corporativo y piadoso, cofradiero y vernáculo, secular y popularísimo.

La honda nave principal, flanqueada a la derecha por otra, se abre bajo una bóveda rebajada de cinco tramos que decoran esgrafiados de grisalla dorada —ornatos florales, emblemas y angelillos— con lunetos, que conduce al dorado retablo barroco, en un presbiterio, o capilla mayor, bajo bóveda nervada, resto de antigua fábrica, con imagen de la bellísima Santa, flanqueada de sendas tallas de San Lucas y Santa Agueda, entre una ardiente orquestación tintineante de candelillas o «minetas». A la derecha, entrando, esa nave lateral de cinco tramos se prolonga, como sacristía, en otros dos y hacia la calle, en uno más, cerrado, que forma como zaguán.

A la izquierda, sin nave lateral, cinco retablos enrasados, iguales, barrocos, con salomónicas columnas flanqueando el saliente nicho, tienen, a lo que parece, la edad del siglo, y en ellos se veneran, respectivamente, partiendo de la entrada, la Inmaculada, San Antonio de Padua —o mejor «de Lisboa»—, San José, un bello busto coronado de Nuestra Señora —que recuerda las «Dolorosas» de Pedro de Mena— y una barroca composición escultórica del Divino Pastor, sangrante por un hilillo que va a uno de los corderos; todo tallas de antigüedad varia, algunas notables.

Enfrente, por ocupar, según se dijo, dos tramos la sa-



Imagen «de vestir» de Sta. Lucía

cristía y otro, a la entrada, el zaguán, se abren varias capillas entre contrafuertes, «more valentino», y en dos retablos, ya no enrasados, sino más espaciosamente situados, algo profundos: frente al de la Inmaculada, la capilla antes dedicada a Santa Agueda, hoy baptisterio, con un retablo que ocupa una copia del Bautismo de Cristo y al fondo, hacia el presbiterio, en la capilla antes dedicada al Santo Cristo, que se guarda ahora arriba, Santa Agueda, en un retablillo, con talla interesante, en popular arte, entre arcaísta y tosco, que la femenina devoción ennoblece.

Más lejos de la entrada, en el hueco de capilla siguiente, se colgaba el lienzo antiguo de la Virgen de los Desamparados, que también se conserva en planta alta, y aquí reproducimos.

No es sólo este recinto eclesial, sino todo el edificio, «de suelo a cielo», la casa de Santa Lucía, pues sobre las naves y las dependencia que le son anejas, en varias plan-

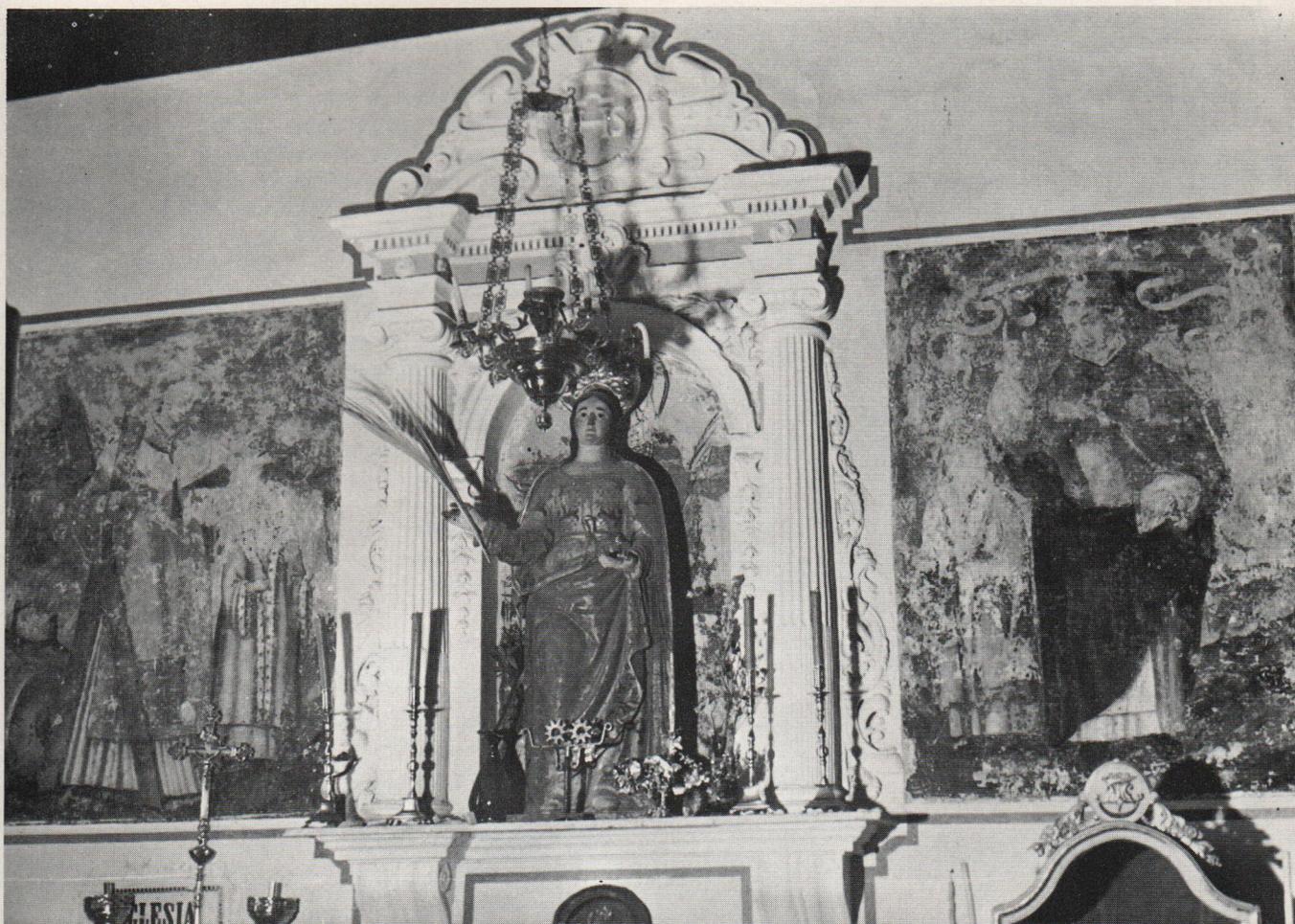
tas, de interesante contenido, se guardan cosas, muchas ciertamente valiosas pero, sobre todo, se respiran siglos, se vive historia, se contagia amor —a Dios y a los hombres— palpita Valencia, aquella Valencia de su mejor siglo, el xv; y que luego, a pesar de todo —y en ese «todo» caben mil y una peripecias, algunas antes aludidas— siguió fiel a sus destinos, en medio del aumento demográfico, del progreso tecnológico y de tantas y tantas novedades y aperturismos, no pocos loables, otros no tanto. No es coincidencia casual que «Santa Lucía», contigua al Hospital en que nació la advocación, la cofradía y la imagen de la Virgen de los Desamparados, guarde todavía alguna de las más importantes representaciones al óleo de la luego Patrona, y siempre madre Amparadora «dels folls e ignocens» —¿quién no lo es un poco?— y de todos los valencianos, y de los que sin serlo, faltándoles amparo, buscan el de Ella. Nos referimos principalmente al cuadro, ya nombrado, que se ofrece aquí en foto.

Y, con los cuadros, tantas cosas más: por ejemplo, ya en la fachada de la calle, antiguo «campo de moreras junto al río», en una hornacina, debajo de la espadaña, de campanas gemelas, todo en sobrio barroco post-herreriano, el busto en terracota de la Santa titular, y una lápida, en valenciano, relatando la adquisición del terreno en 28 de noviembre de 1381 (se conserva y escribe el documento) para este lugar de culto a Santa Lucía, y la muy posterior declaración, por decreto de 28 de noviembre de 1963, de «Conjunto histórico-artístico» a esta casa de la Pontificia, Real y Primitiva Cofradía de Santa Lucía de la Ciudad de Valencia.

Entrando en el inmediato zaguán, tramo primero de la que estructuralmente sería nave lateral del templo, destacan, y no sólo por su tamaño, dos grandes esculturas de Santa Lucía y Santa Catalina, depositadas aquí no ha mucho, procedentes del trasladado templo de la que era titular la homónima de la segunda de estas Santas,



*Óleos de San Isidro, labrador; de los Santos Abdón y Senén, y de Santa Lucía.*



*Retablo mural en la "Sala grande"*

Catalina de Siena en las cercanías de la calle de las Barcas, sacrificado a la colosal construcción mercantil que ocupa el que fue su solar y otros varios. Las imágenes están formadas en parte, como bultos modeladores, por sendos cántaros, uso común en la imaginería popular, que dio pie, sin duda, a la acepción «tener alma de cántaro», por la fragilidad y sensibilización metafóricas de a quien le era asignada. Una inscripción cerámica relata, en el muro, las circunstancias del «milagroso» salvamento de esta casa con todo su acervo documental, plástico, etc., en las jornadas del julio, más que ningún otro ardiente, del 36, y no sólo por la circunstancia de su vecindad al Hospital, sino por haberse hecho valer la condición francesa de cierta cofrade, allí ubicada al efecto.

Apenas hemos entrado, y ya asombra el contenido del lugar. En el pasillo de la planta primera, dos documentos sensacionales y bien añejos, el contrato sobre la imagen principal por Maestre Martí, de 1517 y la escritura sobre el solar, muy anterior, de 29 de septiembre de 1387, en difícil cursiva sólo apta para paleógrafos. Y las cédulas de 1622 y 1759, entre otras, sobre entrega de dotes a huérfanas, una letra de cambio de 1455 y un pergamino de 1536. Aparte fotos retrospectivas e información gráfica del sepulcro y restos de la Santa en esa Venecia que se hunde no pocos milímetros cada año...

Otros documentos enmarcados, programas antiguos de la valencianísima fiesta, y, sobre todo, varias tablas al óleo, de la Santa, casi seguramente cincocentistas, enriquecen sentimental y artísticamente el recinto.

Viendo todo esto, así como la galería de retratos de capellanes de la Casa, hemos ascendido a su segunda planta, es decir a las dos salas que la componen: la de Juntas y la llamada sala «grande», por serlo y por su contenido excepcional y numeroso.

En la primera, la «de Juntas», guárdanse un arcón, con diversos objetos, documentos y carteles; un armario, con ropas litúrgicas; banderas antiguas y el estandarte procesional, moderno, repujado por Devesa en 1950; colgaduras de la fiesta; la arqueta con los restos de Santa Victoria, una hornacina relicario de Santa Agueda, y la joya artística de esta sala que es el gran lienzo firmado por Evaristo Muñoz, el notable e impetuoso pintor valenciano de la primera mitad del siglo XVIII, representando a Santa Lucía; todo presidido por una noble talla del Crucificado, de hacia 1600.

La «Sala Grande» escapa a una consideración detallada, tanto por su contenido en cantidad como por la calidad del mismo. Apenas podemos sino enumerarlo. Más pergaminos enmarcados, por ejemplo, los siguientes, cuyo contenido exacto nos ha sido asequible por la competente colaboración de la doctora Desamparados Cabanes Pecourt, de nuestra Facultad de Letras: escritura de venta, fecha 25 de noviembre de 1381, otorgada por Bernardo Pérez y Pascuala, viuda de Bernardo Morell, de tres patios situados en la parroquia de San Martín, junto al muro nuevo (traslado de 1394, marzo 31) naturalmente para la construcción de la casa de la Cofradía; otro documento, particular asimismo, por el que Boronat Brotons y Pascual

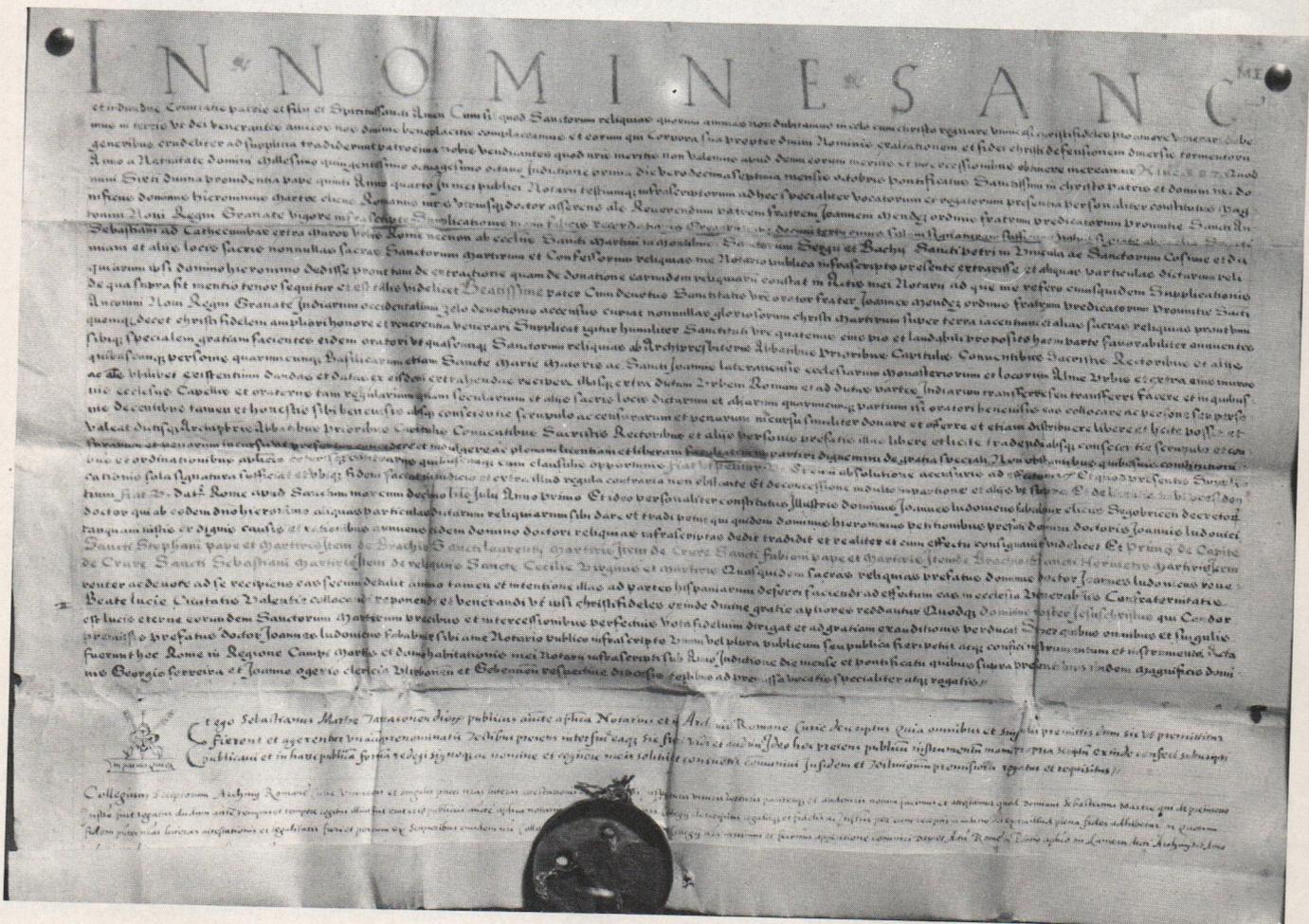
Mari, Mayorales de la Cofradía, constituyen Procurador de la misma a Egidio del Vayo, para pedir diferentes gracias al rey, entre otras, poder comprar algunas casas, con huertos o sin ellos, existentes dentro de los muros de la ciudad. Otros documentos son pontificios, como el dado en Roma en 17 de octubre de 1588, en el que Sixto V da fe de las reliquias de San Esteban, papa; San Lorenzo, San Fabián, San Hermes, San Sebastián y Santa Cecilia, conservadas en la iglesia de Santa Lucía de Valencia, que fueron traídas de Roma por Juan Méndez, de la Orden de Predicadores, y Juan Ludovico Fababuix, como consta en documento incluido en éste, fechado en Roma a 22 de julio de 1585 y con sello pendiente de plomo.

Otro documento es la «Letra apostólica» de 25 de septiembre de 1525 —que se reproduce—, concediendo la facultad de poder erigir un oratorio a Santa Lucía en la parroquia de San Martín de la ciudad de Valencia, para celebrar misa diariamente y poder reunirse los fieles el día de la festividad. El permiso lo da el legado apostólico en nombre del Papa Clemente VII, a petición de Pascual Sorlí y Juan Rubio, de Valencia. Este documento lleva sello pendiente de plomo.

En lo artístico, este pequeño-gran museo contiene la preciosa imagen procesional, «de vestir», de la Santa, en tamaño natural, barroca; otra imagen de la misma Santa Lucía, que es relicario, en estilo más popular, dentro de su urna; un gran lienzo, en estilo abocetado, de las Santas Lucía y Agueda, tan hermanas en la hagiografía como en la devoción valenciana; y, sobre todo, otra imagen, de la titular, en hornacina mural que, sin duda, por su estilo,

a la vez arcaico, popular y encantador, es la primitiva, de cuando la fundación de la Casa, trecentista quizás también, en tamaño un poco menor del natural, todo en un como retablo mural pintado con las efigies laterales de los Santos Vicentes Mártir y Ferrer con sendos personajes que les acompañan, papal y regio, todo repetimos, alrededor del nicho barroco-clasicista, que cobija a la talla «princeps» o «incunable» de Santa Lucía. Otra joya es el gran retablo «de las ánimas» o del Juicio Final, de hacia algo más de 1500, ya influido por los Hernandos, si bien en arte más popular, algo «naïf», pero bien dentro de la tradicional y típica iconografía retablero valenciana de este tema, con el gran San Miguel pesando las almas, los grupos de bienaventurados y precitos, los ángeles llamados a juicio y la Gloria arriba, con la Cruz, la «Deésis» (agrupación, de origen bizantino, de los tres nacidos sin mancha; Cristo, la Virgen y el Precursor), ángeles portadores de la Santa Faz y otros recuerdos de la Pasión y los coros de santos. Más arriba, además, la inédita modalidad de un triple pórtico de ingreso al Empíreo, en arte tardorenacentista o barroquizante, por el que van entrando las almas. Todo, o casi todo, en la línea de los retablos semejantes de Borbotó, Torrente y, sobre todo, de la ermita de la Torre de Canals, y el —perdido— de Yáñez de la Almedina, existente en la Colegiata de Játiva hasta julio de 1936.

Un buen lienzo de Nuestra Señora de los Desamparados, probable telón (según don Francisco Llop, tan erudito como artista y amigo de esta casa y de las tradiciones devotas valencianas, al que debemos lo mejor de estas informaciones) que cubriera primero la imagen titular de



Documento pontificio sobre reliquias



*Retablo del Juicio final. Siglo XVI.  
Arte valenciano influido por el de  
Llanos y Yáñez*

la Patrona de Valencia en su Capilla de la Plaza de la Seo por 1667, y luego figuró, según hicimos constar, ofrecido quizás, a cambio de cierta cesión de terreno por la Cofradía al Hospital, que consta en documento extendido sobre pergamino que se conserva, terreno que pudiera haberse compensado, con esta buena pintura de «Santa María dels folls e orats». Ello, asegura Llop, es verosímil, pues la Cofradía de Santa Lucía adquirió estos terrenos veintiocho años antes de que el Padre Gilabert Jofré creara el «Spital dels Folls» y pudo «Santa Lucía» ceder terreno al nuevo y tan benéfico establecimiento hospitalario, agradeciéndoselo con la imagen pintada —una de las más antiguas y mejores— de la entonces recién nacida, advocación amparadora.

En otras hornacinas, urnas y armarios, el tesoro de custodias, casullas, platos de metal dorado (de recoger las ofrendas hechas para bien de las huérfanas y de las almas

de los cofrades), buenas piezas de numismática aparecidas al paso de los siglos en las colectas; exvotos, en forma —diversa y curiosa— de ojos casi todos; un armario con arqueta de varias correduras —al uso de la época— en que se guardan varios pergaminos sobre donaciones, testamentos, privilegios, y aun volúmenes manuscritos, que son historia viva de las juntas, los cofrades, las obras pías, las incidencias y la perseverancia en la secular devoción. Y sendos cuadros al óleo, de diversa factura, pero con interés coincidente en lo artístico, lo histórico o lo iconográfico, de San Isidro Labrador, los Santos Abdón y Senén, San José, la Anunciación y la Natividad.

En un mundo más cercano cronológicamente al nuestro, más exvotos, imágenes de silueta metálica con plancha o hilos férreos —obras del citado y benemérito don Francisco Llop— un estandarte eucarístico, la gran cajonería para



*Lienzo de Sta. Lucía, por Evaristo Muñoz*

las ropas litúrgicas de celebrar, tanto en colores como en blanco, y limosneros de diversos tamaños. Más una pieza, no actual, ni siquiera moderna, que nos place destacar y por eso quedó para el final, cuya forma y cuyo cometido, ciertamente son interesantes y como involuntariamente alusivos: se trata de una caja rotatoria hueca, con manivela, con portillo para introducir nombres o números de cofrades e insacular, extraer mejor en este caso, los regalos o premios objeto de rifas sociales, o para saber a quien Dios encargaba, por este medio —sólo aleatorio en la forma— el destino de regir la Casa, la Cofradía, o ejercer alguno de sus caritativos, piadosos, menesteres. La Caja, el «bom-

bo» que no lo es por la forma, sí por el cometido, tiene sección estrellada en lo que llamaríamos su «extradós» rodante y bien puede significar, esta «estrella de Santa Lucía» tanto la que señalaba —un poco como a los Magos— algún camino a seguir de la mano de la Santa siracusana, que hasta en el nombre alude a la vista, a la luz, «Lucía», en la procelosa Valencia de cualquier tiempo, como, también, podría significar, en su modestia material, esa «buena estrella» de la «Casa-milagro» que, si es rica en su contenido, lo es más en ambiente, en «duende» de Valencia, o mejor dicho, en auténtico «olor de santidad»...

## FELIPE M.<sup>a</sup> GARIN ORTIZ DE TARANCO



*Vista general de la capilla*

DEPÓSITO LEGAL: V. SEP. 387 - 1958

ARTES GRÁFICAS SOLER, S. A. - JÁVEA, 28 - VALENCIA (8) - 1972